

José López Rubio:

escondida senda del carmelo

José M^a TORRIJOS
Madrid

José López Rubio (Motril, 1903-Madrid, 1996) ocupa un lugar en el teatro de quienes conforman *La otra generación del 27* (título de su discurso de ingreso en la Real Academia Española), con obra teatral, cinematográfica, periodística y narrativa, muy respetable. Pero pocos conocen su interés por la Historia, que nunca llevó como asunto a sus comedias originales, aunque tradujo obras teatrales de autores extranjeros¹ y dedicó una serie de guiones televisivos a personajes femeninos protagonistas o víctimas de la Historia². En cuanto a su obra cinematográfica, sólo pueden mencionarse dos películas, *Rosa de Francia*³, visión edulcorada y romántica de Luisa Isabel de Orleans, esposa del rey Luis I de España, que se rodó en Hollywood, en 1935. Ya de vuelta en España, escribió el guión y dirigió *Eugenia de Montijo* (1944)⁴.

Cuando abordó al personaje de Santa Teresa en su libro *Entrevista con la Madre Teresa de Jesús*⁵, justificó en unos párrafos previos su interés por este personaje, pero velando el auténtico motivo y el momento en que tuvo contacto con la figura de la santa de Ávila. En esas líneas preliminares, López Rubio

Santa Teresa y el mundo teresiano del Barroco,
San Lorenzo del Escorial 2015, pp. 481-498. ISBN: 978-84-15659-31-0

¹ *Juana de Lorena*, de Maxwell Anderson y *El cardenal de España*, de Henry de Montherlant.

² La serie, titulada *Mujeres insólitas*, trataba a Juana la Loca, Lucrecia Borgia, Inés de Castro, Ana Bolena, Teresa Cabarrús, Catalina de Erauso, Lola Montes, Sor Mariana Alcoforado, la princesa de Éboli... La serie fue producida por TVE, aunque no se rodó completa, y ofrecía una imagen personalísima desde cada una de ellas, no exenta de humor.

³ La película fue un encargo que le hizo la FOX FILM CORPORATION a López Rubio, autor del guión y director. Contó con un reparto de lujo: Rosita Díaz Gimeno, Julio Peña, Antonio Moreno, Enrique de Rosas, etc.

⁴ Esta fue una de las primeras superproducciones rodadas en España tras la guerra civil. Producida por CEA e interpretada por Amparo Rivelles, Jesús Tordesillas, Guillermo Marín, Carmen Cobeña, Fernando Rey, Luis Peña, Ricardo Calvo, etc. Los decorados, obra del gran escenógrafo Luis Santamaría, reproducían fielmente el interior del palacio de las Tullerías. Para documentarse, López Rubio adquirió medio centenar de libros sobre el personaje, en español y francés, principalmente.

⁵ BAC Minor, Madrid 1982. La segunda edición es, con el mismo título, en Sial Ediciones, Madrid 2015, introducción de José M^a Torrijos.

daba a entender que su curiosidad por ella nació como resultado de un encargo de cierta revista histórica para “entrevistar” a varios personajes, entre ellos, a la Madre Teresa. Es verdad, pero no es toda la verdad.

Éramos contados con los dedos de una mano quienes la sabíamos, y a mí me prohibió que la relatara mientras él viviera. Pero una vez que ya se encontrará en *la otra orilla*, cara a cara con Teresa de Cepeda y Ahumada, me siento liberado del silencio impuesto.

Allá por los años cincuenta del pasado siglo, José López Rubio estableció su residencia casi constante en el Hotel Victoria Palace de San Lorenzo de El Escorial. Su contacto con agustinos del Real Monasterio y del Real Colegio Universitario María Cristina fue casi constante, pues había sido antiguo alumno de ellos, en su lejano bachillerato en el Colegio San Pablo de la calle Valverde madrileña. Estableció nuevas relaciones y uno de estos, el P. Licinio González, lo condujo al convento de carmelitas descalzas de San José, en Ávila. De aquellas visitas frecuentes⁶ surgió la amistad con la priora, Madre Antonia del Espíritu Santo. Las conversaciones con ella en el locutorio versaron sobre cierta crisis espiritual que el escritor sufría. La Madre Antonia le presentó al carmelita Lucinio Ruano, hombre inteligente y cultivado, que pasaba unos días en Ávila, y ambos lo encaminaron al Desierto de San José de Batuecas, cercano a La Alberca (Salamanca) con cartas de recomendación. Y allí se marchó, sin previo aviso, a primeros de agosto de 1967. Lo recibió el prior, P. Matías del Niño Jesús, quien años más tarde refirió sus impresiones en un artículo, tras la muerte del escritor:

“Yo le admití con la sorpresa de quien recibe a un elegante señor que presenta cartas recomendaticias [sic] de las monjas de Ávila y del padre Lucinio. Se negó a ser alojado en la sencilla hospedería del monasterio, porque pretendía a todo trance vivir la pobreza de la habitación de un fraile ermitaño y ocuparse en los trabajos más

⁶ Durante los años setenta, yo mismo lo acompañé varias veces a los conventos de Ávila (cuando llevaba dulces, conservas, quesos... y hasta una plancha), de Salamanca, de San Lorenzo del Escorial. De las monjas carmelitas admiraba su sencillez, su cultura, su estilo epistolar y una elegancia espiritual que López Rubio achacaba a la clase social de sus orígenes familiares de clases acomodadas. Recordaba que, en su primera visita a uno de los conventos, una religiosa le recordó que había asistido a una representación de su comedia *Celos del aire*, en Madrid, antes de hacerse monja. El aprecio de las carmelitas de San José de Ávila por el que consideraban su “hermano”, que alguna vez pudo entrar en la clausura para visitar la celda de Santa Teresa está referido por Fernando Lázaro Carreter (“La Madre Teresa”, ABC, 15/01/1983).

humildes. Así se le concedió, con dificultad, tal excepción. Lo primero que le encargué el primer día de su llegada fue barrer, poniéndose un viejo mandil; poco después me dijo que era la primera vez que cogía una escoba. Así inauguró sus trabajos monásticos con la mayor alegría. Pero quería mucho más; fregar, limpiar los servicios, etcétera. Durante veinticinco años desempeñó tales menesteres⁷.

A las pocas horas de su llegada se le hizo vestir un atuendo muy modesto (“de barrendero”, pensó él), ocupar la celda número 13 dentro de la Comunidad y llamarse Fray José M^a de la Santísima Trinidad, nombre con el que firmaría durante años sus cartas enviadas a Batuecas y los textos que allí compuso. Esa primera estancia conventual de tres días, supuso una inyección de entusiasmo desbordado y de gratitud reiterada en el escritor, hasta el punto de que en el plazo de veinte días envía tres largas cartas al prior que le había acogido, con los detalles de tan insólita admisión en aquel escondido Carmelo:

⁷ El artículo, firmado con el nombre civil del P. Matías (Florencio Matilla Rengel), es interesantísimo como testimonio directo y aunque describe de manera inexacta los últimos momentos del escritor (pues el fraile escribe de oídas, desde Batuecas), merece la pena leerse entero, en ABC (7 de abril de 1996). El P. Matías, poco antes de morir, me envió fotocopias de todas las cartas de López Rubio a él y a otros, cuyos originales se conservan ahora en el Archivo de los carmelitas en Plaza de España, de Madrid. La carta cerrada de presentación que llevaba nuestro escritor (y cuyo contenido él nunca conoció), firmada por fray Lucinio al prior de Batuecas, avisa y orienta que “este señor” [sic] parece tener vocación pero dada su edad, no resultaría conveniente enviarlo, sin más, a cualquiera de los noviciados de la Orden”. Le sugiere que lo acoja, aclarando: “Yo, en realidad, ignoro el verdadero clima espiritual de este señor, así como los antecedentes sociales y vocacionales suyos. Él le expondrá a V. R. con mayor detalle sus verdaderas intenciones y sus pretensiones para estos dos días, en que quisiera probar hasta las últimas consecuencias nuestra vida. Quiere, incluso, que lo vistan de criado o de Hermano y le encomienden los servicios más trabajosos y humildes. V. R., con su experiencia larga de formador de novicios, incluso adultos, podrá determinar mejor que nadie las ocupaciones y conducta más convenientes a este singular postulante.” (Fechada en Avila, el 5 de agosto de 1967). Yo conocí a López Rubio en el otoño de 1969, siendo nuestro trato cortés aunque distante al principio. Hasta después de 1974, habiendo forjado una amistad, no me habló de esa experiencia carmelitana, pidiéndome reserva absoluta mientras viviera. Varias veces me expuso su deseo de ser incinerado, encargándome llevar sus cenizas a Batuecas. Pero luego, temiendo que por falta de vocaciones se cerrara aquel santo Desierto, me encomendó y fijó en su testamento que las depositara en el panteón de sus padres, en el cementerio de la Almudena, de Madrid, como así hice. Nunca agradeceré bastante al bondadoso P. Matías que me facilitara tan extenso corpus epistolar, con algunos de los poemas escritos por López Rubio. Son cartas escritas a mano y a máquina. Los originales estarán en tinta marrón, color que el autor granadino usó desde sus primeros tiempos en Hollywood, en 1930. Es una lástima que López Rubio no conservara (seguramente las rompió, como tantas otras), las cartas del P. Matías. Hubiera sido de gran valor establecer el diálogo epistolar de los dos.

“En primer lugar, gracias. Infinitamente gracias. Emocionadamente, gracias. Gracias por todo. Por cada bondad, por cada indulgencia, por cada minuto. Por haber cedido tan pronto a mis pretensiones y haberme abierto de par en par la vida de la Comunidad para que la compartiese casi hasta el fondo, casi enteramente [...] Las gentes, que ya estaban preocupadas por mí no explicada ausencia han advertido el cambio y han querido adivinar las causas. Pero eran, por fortuna, tan lejanas que no podían dar con ellas y cuando, por broma, di unas cuantas referencias impares de los sitios en que había podido estar, todos de muy diversa índole, el verdadero resultaba uno de los más inadmisibles. Un padre agustino, muy amigo, intrigado por lo que él consideró mi cambio en tres días de ausencia, me dijo, creyendo hallar una razón: “Tú te has enamorado”. No iba muy descaminado, en el fondo. Lo que no podía presumir era de qué clase de Amor. [...] Temo que voy a pasar las horas muertas pensando en las horas vivas. Vuestra Reverencia quizá no pueda comprender cuánto le debo en mi búsqueda y lo que estos tres días han sido para un servidor, la huella que han dejado en mi alma y la alegría de que me han llenado [...] Ya le hablaré, mi Reverendo Padre, de mis motivos, de mis ansias y de mis inquietudes. De mi sed, en una palabra. Hoy, por el momento, bastará lo agradecido que estoy a Vuestra Reverencia con todo el corazón. Me ha dado más, mucho más de lo que se ha dado nunca a nadie de mis circunstancias. No sé por qué ni si lo sabe tampoco Vuestra Reverencia. Tal vez las cartas de que era portador hicieron el milagro. El caso es que no creo que nadie -nadie o muy pocos-, pueda contar lo que yo pudiera contar y en mi más gozoso secreto. Es inexplicable cómo fue cediendo Vuestra Reverencia a lo que casi planteé con aire de exigencia, cómo pasé de la hospedería a la celda; del comedor al refectorio; de mi ropa a la de pobre y al santo hábito después [...] Estudié la Regla, que empecé a leer en mi celda, de la que aprendí formas y usos, a más de lo que tengo que aprender, que es mucho y habrá que grabármelo con sangre si es preciso. Verdad es que para tres días no puedo decir que no he avanzado, pero miro lo que me falta en todos sentidos y la dureza que habrá que emplear conmigo, teniendo en cuenta que soy un caballo viejo, lleno de mañas y resabios, pronto a encabritarse con el menor motivo, hecho a todos los halagos, soberbio e impaciente, al que hay que domar” (13 de agosto de 1967).

Esta primera carta manuscrita resulta muy valiosa por varios motivos: el peregrino desconoce el contenido de las cartas de presentación, lo acogen en la hospedería como es habitual, pero exige respetuosamente vivir dentro de la Comunidad, como un fraile más y su demanda es atendida, regresa a Madrid

eufórico, consolado en su atormentado espíritu, agradecido y, finalmente, quedan sin desvelar sus proyectos futuros de una posible vocación. Su segunda carta, tres días más tarde, vuelve sobre la felicidad obtenida en esos tres días austeros en la reflexión, en la oración, en las bajas labores encomendadas. El dolor de la despedida, que le hace detener el coche en La Alberca, una nostalgia que se va haciendo más fuerte según se aleja, su anecdótica parada en Alba de Tormes, el anhelo por volver cuanto antes:

“Contento de poder ir encontrando, poco a poco, por esa vía de la penitencia que le pido que extreme en mí, al Dios que busco y que me falla por la inteligencia y la razón, cuando se puede ir a Él por el Amor, pagando todo lo que sea preciso en la práctica de unas virtudes de las que he estado siempre lejano” (16 de agosto de 1967).

Pero pronto llega un jarro de agua fría. Enterado el P. Provincial de que había sido admitido como un miembro más de la Comunidad, en vez de alojarse en la hospedería, indicó al Prior que no se habían seguido las normas constitucionales de la Orden y/o del propio Desierto para admitir como postulante a quien todavía no lo era ni había solicitado serlo. Se trataba de un huésped que iba allí para retirarse unos días y como tal había de ser tratado, albergado en la hospedería y atendido cristianamente. El buen Prior de Batuecas debió de quedar consternado, pues su amigo el P. Lucinio, coincide con el P. Provincial, en una carta clarividente del 23 de agosto de 1967:

“Del asunto de D. José López Rubio ya le habrá informado también en nombre mío la Madre Priora de san José. Cuando ella y yo le escribimos a V. R. por conducto personal del interesado, francamente pensamos en un caso normal de estudio de la propia vocación. Después hemos descubierto que es totalmente irrealizable lo que dicho señor pretende, a menos que cambie en ciento ochenta grados la dirección de su vida y de sus muchísimos compromisos con la vida social y de arte en que anda implicadísimo. Por lo menos, no lo creemos apto para convivir en Comunidad como un religioso más. Me alegro de que N. P. Provincial haya tomado la iniciativa en este caso. V. R. respáldese en esta decisión. Si D. José quiere hacer unos días de retiro por su cuenta, ya sería otra cosa [...] Yo personalmente estimo que no se trata de una vocación sino de una crisis de soledad y de experiencia fuertes en un escritor aturdido por la vida moderna y viajes y hasta con curiosidad de tenernos inéditos para sus creaciones literarias. Esto último se lo digo con absoluta reserva y confiado a su prudencia. No vi en este señor base de vida cristiana, ni de auténtica conversión ni fundamento de vida sacramental suficientes para tomar en serio su primero e impulsivo ensayo. A mí

me cogió de sorpresa la invitación de la M. Priora y en la primera y atolondrada entrevista, dirigida exclusivamente a facilitarle su admisión ahí, en las Batuecas, no tuve tiempo ni de reflexionar”.

Cuando el escritor recibe las condiciones que regirán en adelante sus ocasionales estancias en Batuecas, responde con dos cartas. La primera, de siete páginas mecanografiadas, recoge todo su dolor, su desconsuelo. Se le ha desvanecido un sueño. Se siente “expulsado” de un espacio y una compañía fraterna y silenciosa que tanto bien hicieron a su espíritu, hasta el punto de considerarlos su casa y su familia. Le apena que el Prior haya sido reprendido por su condescendencia. Considera que fue providencial su viaje a Batuecas, pues de haber buscado un monasterio próximo y confortable, tenía a un tiro de piedra el Real Monasterio del Escorial, donde los agustinos lo habían invitado y alojado en numerosas ocasiones con toda clase de atenciones. Pero él buscaba otra cosa: una penitencia, un anonimato y una búsqueda. En esta larga carta, López Rubio se manifiesta como un náufrago a la deriva. Está muy triste, pero dispuesto a obedecer, como si se tratase de una prueba. Su retiro allí ha significado mucho para él: arrepentimiento de sus muchas faltas cometidas, encuentro con un mundo donde se le considera igual a los otros (ni más ni menos), la posibilidad de leer, meditar, reflexionar en los errores pasados y sentir que, poco a poco, se va a aproximando a un Dios al que no acaba de encontrar pero que vislumbra en la vida mortificada, paupérrima, abnegada, espiritual de aquellos ermitaños carmelitas. Por tanto, volverá a Batuecas para obedecer en todo punto a “su” queridísimo Prior. Y éste opta por lo más práctico: seguir considerándolo un miembro de la Comunidad en calidad de hermano lego, en el uso de celda con tarima para dormir y duro leño por almohada, la túnica del hábito sin escapulario, desgastadas sandalias, cilicio de alambres y disciplinas de cáñamo, ocupándolo en las tareas serviles que pide hacer: fregar suelos, lavar los platos de la comida, limpiar retretes, servir la comida a algún posible residente en la hospedería, ayudar a Misa, aunque separado de los frailes en el coro y el comedor. El Padre Matías antepone el bien de un alma a lo que digan las normas, la compasión a la intransigencia. Pero, eso sí, con mil cautelas, de modo que nunca coincidan sus jornadas con ningún otro fraile de la Orden. Tras su segunda estancia, López Rubio le escribe en carta del 8 de diciembre de 1967:

“Una mañana, mi buen Padre Maestro [el P. Tarsicio], cuya redonda y vehemente Fe tanto envidio, vino a mi querida celda a preguntarme por qué, en la capilla, no me acercaba al Sacramento de la Eucaristía. Vuestra Reverencia se dará cuenta de que no estoy maduro para ello, de que no soy digno, de que no he hecho una completa confesión de mis pecados de muchos años, aunque esto no es lo más grave de todo.

Lo que necesito es ir de verdad, hasta lo más íntimo, hecha “mi unión con Dios”, que tanto persigo.

Vuestra Reverencia no aprobaría una Comunión en estas condiciones. Y si yo, por no desentonar y no causar extrañeza, casi escándalo, y ser mejor considerado por todos, hiciese una o varias Comuniones, estas Comuniones serían un pecado mucho más grave que despreciable pueda ser a los ojos de la Comunidad mi negativa a acercarme al sacramento.

Me interesa conocer la opinión de Su Reverencia, y su prudente consejo. Yo no quiero fingir. Echo por delante lo que soy. Pongo mi voluntad y con ella llamo a las puertas de la Clausura. Sepan que acogen a un pecador y a un hombre que, nacido en el seno de la Iglesia, educado cristianamente, (ya dije que llevé el santo Escapulario muchos años, y la correa de la Consolación), se ha distanciado y aunque nunca ha sido descreído ni enemigo, se siente ajeno, contra su voluntad, y desea fundirse con el Dios que por un tiempo ha perdido. Considere Su Reverencia [...] y dígame, francamente, por caridad, si en tales condiciones puedo volver a *mi* Convento”.

López Rubio lleva en absoluto secreto su “incorporación” a la comunidad de ermitaños carmelitas. Sólo faltaría, pensaba él, que sus amistades tomaran como extravagancia algo que él vive íntimamente. Su timidez, su sentido del pudor y hasta su propia imagen pública están en las antípodas de un “hermano lego” anónimo en un escondido valle al que se accede por una escondida senda. López Rubio, entre todos los que le conocían (es decir, miles de personas), gozaba de una merecida fama de persona cultivada, cosmopolita, un hombre elegante, selecto, generoso. Un “bon vivant”, en el mejor sentido del término. Quien se había codeado con estrellas de cine en Hollywood y nombres del cine y del teatro español o de la literatura europea (Chaplin, Gloria Swanson, Ava Gardner, Rita Hayworth, Ionesco, Edgar Neville, Conchita Montes, Miguel Mihura, Dámaso Alonso y un inacabable etcétera) resultaba imposible imaginárselo como anónimo hermano en un aislado monasterio. Hubiera causado estupor, hilaridad, extrañeza, incredulidad. También entre sus amigos agustinos⁸.

⁸ En carta al Prior batueco, del 20 de enero de 1969, comenta: “No pude negarme a la invitación de mi buen amigo, el P. Provincial de los Agustinos del Escorial [P. Gabriel del Estal], para asistir a la inauguración del Salón de Actos que han levantado en su nuevo colegio de Avilés, y pronunciar allí unas palabras. A mí no me gusta hablar en público, y rehúyo todas las exhibiciones que me proponen, pero de esto no hubo modo de escabullirse.

Viví con la Comunidad y ocupé las habitaciones del provincial. Y presidí las comidas en el refectorio. Se lo cuento porque supongo que le hará gracia que me traten así, cuando por mi gusto yo busco en otro sitio el ser el último, menos que nada, y hacer una vida muy diferente a la que he hecho allá en Avilés. No faltó la broma corriente, dada mi amistad y convivencia con la Orden Agustiniiana, de cuándo me iban a dar el hábito agustiniano. No sabían, ni saben, que hábito ya tengo uno remendado y unas sandalias viejas y que si en un lado me siento

Entre estancia y estancia en su querido Santo Desierto, al que continuamente recuerda emocionado en las cartas, López Rubio realiza numerosísimas gestiones, encargos, compras, bien por encargo de los carmelitas, bien por la adquisición y envío, voluntarios y generosos, de libros, útiles de cocina o de mesa, aparejos para el huerto y las colmenas, objetos reparados en Madrid, misales, leccionarios, libros, ocuparse de la línea telefónica, etc., cumpliendo con creces su oficio de “demandadero” conventual. Incluso alguna ayuda económica para seglar necesitado, que él hace llegar anónimamente a través del prior. Este epistolario constituye un valioso caudal para conocer no sólo la vida del Santo Desierto salmantino, sino la biografía del escritor, dada la cantidad de datos que aporta⁹. El escritor reitera una y otra vez su gratitud, su nostalgia por el convento, la felicidad de haber compartido días con aquellos “hermanos”, su vacilante caminar por esta “escondida senda”: “Está muy hondo todo lo que allí he vivido, gracias a Su Reverencia. Estoy muy pegado a aquella Clausura. Me siento allí como si aquel fuera mi verdadero centro y no hubiese otra vida. Como si aquello con lo que ando disfrazado, fuese mi ropa y mi calzado. Como si aquello fuesen mis horas y aquellos mis trabajos” (14 de noviembre de 1967). Por tanto, su integración física y espiritual en aquel oculto Carmelo es cada vez mayor, según reitera, especialmente con énfasis a sus arrepentimientos, sus deseos de enmienda, su necesidad de penitenciar, su humillación. Por ejemplo, la asistencia a un Capítulo conventual donde seguramente se acusó de algo en público y fue reprendido es recordada refiriéndose a sí mismo en tercera persona:

“Cada una de sus estancias ha sido más adentrada y profunda. No hay que olvidar el Capítulo, cuya experiencia aún le oprime el corazón, y le ha dado no poco que pensar, aparte de cuanto incorporación absoluta a la Comunidad supone. Le ha venido muy bien verse abatido, expuestas sus faltas a la pública vergüenza. Faltas en las que espera no volver a incurrir, pues la lección fue directa y eficaz. Sólo fue leve la penitencia impuesta, en comparación con la culpa. Para quien ha de rezar muchas oraciones durante el día, tres más, aunque sea con los brazos en cruz, no suponen ni sacrificio ni humillación. En el Coro se me quedó grabado esto, no sé

amigo, rodeado del mejor afecto, en otro quiero y procuro servir del modo más humilde, dejando de ser quien soy. Entre los honores que unos me hacen, en un tono de simpática confianza, y la austeridad con que se me trata en otro, yo prefiero este último mil veces, sin dejar de agradecer, por otra parte, las atenciones que me prodigan”.

⁹ Por ejemplo, yo conocía su amistad con el torero José Mata, pero ignoraba el siguiente detalle: “A V. R. y a mis Padres y Hermanos quiero pedirles alguna oración por su alma. Era un buen creyente y ha sido amortajado con nuestro Hábito del Carmen” (Carta del 19 de agosto de 1971). José Mata García fue un matador de toros canario (isla de La Palma, 1939-Villanueva de los Infantes, 1971) muerto a consecuencia de una cornada que en esta última villa. López Rubio le había ayudado en sus principios y le tenía mucho afecto.

si leído o escuchado (V. R. podrá resolver la duda y la procedencia): *Circuncidad vuestro corazón. No endurezcáis vuestra cerviz*. Hay quien necesita perentoriamente que le fuercen a circuncidar su corazón y le obliguen a ablandar su cerviz, poco sometida por lo general. Es el mayor bien que puede hacérsele, si se desea hacerle algún bien” (Carta del 22 de diciembre de 1971). El P. Matías sigue ejerciendo su papel de prior, de padre espiritual, al que López Rubio considera como tal, sino como amigo y como “domador” de un hombre arrepentido que necesita dominar sus propias pasiones: “Bien fácil es para V. R. domar tales inclinaciones cuando me tiene, a veces, enteramente en sus manos, absolutamente sumiso a su voluntad. La última vez se me escapó V. R. con un Aviso de N. S. Padre. Puedo recordarle otra Cautela y es la de que voy al Convento para que me labren y ejerciten, no para recibir, sólo, de modo imborrable, el calor y el afecto de mis hermanos, que me hace más blandas mis estancias, en lugar de aprender a padecer.” (Carta de 1971 sin más datación).

Sus lecturas preferidas en aquellos retiros eran San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, aparte de los maestros espirituales carmelitas que le iban poniendo en las manos. Queriendo o sin querer, en sus cartas se percibe el estilo epistolar de Santa Teresa, cuando menciona a una persona (“mi padre Efrén”), en las despedidas epistolares (“El Señor me le guarde hasta entonces”). Es decir, que a finales de 1967, nuestro autor comienza a familiarizarse con los escritos de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. En aquel aislado convento-desierto escribió algunos poemas, algunos conservados, como el siguiente soneto hasta ahora inédito:

“A LA PUERTA DEL SANTO DESIERTO DE SAN JOSÉ

Deja aquí la ambición, deja la guerra
que enciende el odio contra tus hermanos.
Deja aquí la codicia de tus manos.
Humilla tus rodillas en la tierra.

Deja entre los zarzales de esta sierra
La carne vil que tienta a los humanos.
A un lado deja pensamientos vanos
Y aprende todo cuanto aquí se encierra.

Ambición, la de ser el más puro y santo.
Guerra, para lograr todo el anhelo.
Codicia, para lo que Dios da tanto.
Carne, para los nudos del flagelo.

Afán, para tu duelo y tu quebranto.
Avaricia, para ir ganando el Cielo.

José María de Sma. Trinidad
En el Jueves Santo de Batuecas. 1969”

En el siguiente, caben vislumbrar los rasgos de su estado espiritual: su anonadamiento, su negación, sus paradojas:

“DESIERTO DE BATUECAS

Tronco de Fe. Fragua de Amor. Cerrada
soledad entre riscos escondida.
Viva voz del silencio, estremecida.
Negación con mil pruebas afirmada.

Entrega, a cada instante renovada.
Voluntad a obediencia reducida.
Olvido de la carne adolorida
y en el fondo la nada. Todo y nada.

Alegría de no ser. De darse entero.
Alegría de mirar hacia la altura.
Alegría de sufrir. Gozo colmado.

Desprecio de lo que es perecedero.
Saber que se eligió lo que perdura
en extremada unión con el Amado.

José María de la Santísima Trinidad
3-4-69”

Un poema en alejandrinos de verso blanco, que se ha de fechar en los días siguientes a la llegada del hombre a la Luna, el 20 de julio de 1969:

HUMILDE POEMA INSPIRADO EN BATUCAS POR LAS CONQUISTAS
DEL ESPACIO Y LAS HUELLAS DEL HOMBRE EN LA LUNA

Batuecas, dulce base de lanzamiento alzado,
no a la Luna, más lejos, al cielo y al Señor.
Instrucción extremada para otros cielonautas
sin otro carburante que le fe puesta en Dios,

traspasan las fronteras de esta vida terrena,
 para surcar la órbita inmensa del Creador, a
 y en rumbos de la mística contemplación divina,
 “adeizan” y se afirman más y más en su Amor.
 En el Ser infinito principio y fin de todo,
 Misterio de misterios, Rey, Padre y Salvador,
 en éxtasis de entrega, sedientos de su gracia,
 se humillan en el suelo, en constante oración.
 Con Dios viven y rezan, con Dios se mortifican,
 con Dios guardan silencio y renuncian por Dios
 al mundo que han dejado, y en amistad fraterna
 todos son uno mismo en Santa Comunión.
 Si vuelven a la tierra, al posar en el suelo
 sus sandalias con polvo de estrellas y de luz,
 traen muestras de otros orbes, muestras que analizadas
 dan mensaje de gozo, de esperanza, de unión,
 de paz, de Amor sublime, de felicidad suma,
 de santidad, de gloria, de eterna salvación.
 Dones preciosos todos, que en Batuecas derrama
 quien por nosotros Hombre se engendró siendo Dios.
 Y para el que en su busca hacia el cielo se eleva
 siguiendo la difícil senda de perfección,
 sembrada de asperezas, ansiando sus rigores,
 amando sus espinas con todo el corazón,
 rampa para el disparo de los más altos vuelos
 Batuecas es la pista de nuestra redención.

Otro de ellos reflejará su lucha personal, a veces sin triunfos duraderos en
 la búsqueda de Dios, a causa de su frágil voluntad. Un soneto con ecos de
 Lope de Vega (al que tan bien conocía y admiraba) con ese toque sanjuanista
 (“eres ido”), poema que evidencia su debate entre *la realidad y el deseo*, en
 frase cernudiana:

“¿Por qué, Señor, apenas presentido,
 Te me vas en un soplo misterioso
 Y te vuelvo a perder, desvanecido,
 En la nube de un sueño vaporoso?

¿Por qué, cuando te siento ya prendido,
 Escapas a la llama de mi acoso,
 Dejándome sin punto de reposo,
 Y te intento, Señor, y ya “eres ido”?

¿O soy yo el que te aparta de mi lado
 Con algún turbio giro de mi mente
 Y el torpe remudar de mi pecado?

Soy yo, Señor, sin duda, el que te aleja.
 Soy yo el que con mis culpas te hago ausente.
 Soy yo la sola causa de mi queja.

José María
 Batuecas, 1978”

“SONETO LOCO DE AMOR, que compuso el simple Hermano José María de la Santísima Trinidad, lego demandadero del Santo Desierto de San José de Batuecas, un día antes de volver, lleno de gozo, desde tierras de Guadarrama, a su Monasterio

AMOR, AMOR, AMOR, el alma en celo.
 Amor, Amor, el alma estremecida.
 Amor, a punto de sangrar la herida.
 Sueño de Amor en senda de Carmelo.

Llama de Amor en busca de consuelo.
 Amor, a punto de costar la vida.
 Amor, Amor, el alma en la partida.
 Amor, Amor, Amor, Amor: Anhelo.

Pido al pie de tu Cruz, acongojado,
 Perdón, Señor, por todo lo pecado
 Y echo a Tus pies Amor en la porfía.

Amor, hilo de Fe de quien te adora.
 Amor, sin ver tu Luz, ansia de Aurora.
 Amor, que espera, Amor, hallarte un día.

LAUS DEO”

Arrepentimiento, congoja, consuelo, oscuridad y búsqueda del amanecer de la fe. Contraposiciones frecuentes entre las tinieblas del mundo y la luz del valle carmelitano.

“SONETO POBRE QUE ENJARETÓ EL SIMPLE HERMANO JOSE MARÍA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, SIERVO DEL SANTO DESIERTO DE SAN JOSÉ DE BATUECAS, ENTRE TAREA Y TAREA, ALLÁ EN EL VALLE

He vuelto. ¿Qué poder, qué misterioso
imán tiene, mi santo, tu Desierto?
¿Qué vida, cuando llego casi muerto?
¿Qué luz, después de un mundo tenebroso?

¿Qué sosiego a mis ansias de reposo?
¿Qué brasa para mi corazón yerto?
¿Qué agua para regar mi seco huerto?
¿Qué miel para endulzar mi amargo poso?

Todo, mi Santo, en tu escondido valle
me das, sin restricción, medida y tasa
siempre que ayune, piense, rece y calle.

Todo, esperanza, amor, paz y consuelo.
Si busco a Dios, ejemplo, templo y casa.
Si encuentro a Dios, las alas para el cielo.

LAUS DEO”

“SONETO ANSIOSO QUE MAL COMPUSO EL SIMPLE Hº JOSÉ Mª
DE LA STMA. TRINIDAD, LEGO DESCALZO DE S. JOSÉ DE LAS
BATUECAS, EN UNA SEMANA STA. DE N. SEÑOR

No me pesa el sayal y su aspereza;
tiene las suavidades de la espuma.
El cilicio es el roce de una pluma,
la descalcez, una sin par tibieza.

Obediencia, rigor, pena, pobreza,
ayuno, castidad, nada me abruma.
Silencio y oración son dicha suma,
oficio humilde, singular nobleza.

Dame, pues, San José, pruebas mayores
que estas con que me acoge tu desierto;
hazme sentir castigos y dolores.
Vuelve a quitarme, Padre, te lo ruego,
la vida que me brindas cuando muerto,
a llamar a tus santas puertas luego.

LAUS DEO”

Muchos pesares tenía que sentir en su ánimo, un lastre del que deshacerse para el encuentro con Dios. Sabe que ha escogido, aunque sea por pocos días, el camino acertado. Pero mucho todavía tiene que purgar del pasado. “Vanitas vanitatis, et omnia vanitas”, queda lejos de la paz de este desierto.

“SONETO QUE COMPUSO EL SIMPLE HERMANO JOSÉ MARÍA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, SIERVO EN EL SANTO DESIERTO DE LAS BATUECAS, UNA VEZ QUE IBA DE JORNADA HACIA ALBA DE TORMES Y ÁVILA DE LOS CABALLEROS, TIERRAS DE NUESTRA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

Aquí he aprendido cuanto no sabía:
que hay más, y más, y más, que lo soñado;
que el mundo encierra un mundo insospechado,
que empieza cuando apenas nace el día.

Sé una nueva raíz de la alegría,
sé lo que debe abandonarse a un lado,
sé lo que es confundirse en el Amado
y la luz que se esconde en la agonía.

Que cabe inmenso gozo en un gemido
y la esperanza en una campanada.
La caricia de espinas de un tejido,

la blandura de un leño de almohada,
la dimensión profunda del olvido
y lo llena que puede estar la nada.

LAUS DEO”

En 1970, Santa Teresa de Jesús es proclamada Doctora de la Iglesia. El semanario *Blanco y Negro* encarga a López Rubio un amplio reportaje donde él escribe bellísimos textos ilustrando las treinta y una fotografías de Pérez Vaquero, con párrafos de la propia Santa Teresa (10 de octubre). Durante un coloquio en Televisión Española, nuestro autor declaró:

“Los santos asustan un poco. Bueno, mejor sería decir que imponen, por su austeridad, por su grandeza, por su magisterio, por su sangre de su martirio. La compañía de un santo ha de ser anonadante. Santa Teresa tiene un singular encanto de santidad que la hace incomparablemente

atractiva. Casi -y sin casi-, cautivadora. Algunas de las infinitas cualidades que señala en su personalidad nuestro Padre Efrén, su más absoluto biógrafo, que tenemos aquí con nosotros, bastan para dejarnos ganar por ella: su forma desmelenada, su desafeite, su donaire, su humor, su gracejo, su vivacidad humana, su ironía, su aguijón, nos la hacen personalmente asequible, amigable y deseable... Este estilo no es sino el reflejo de una personalidad fuera de serie. Santa Teresa escribió confidencialmente. No para buscar el éxito literario en el público. Escribió cartas y dictados. Todo cuanto escribía tuvo su particular destinatario. Escribió a lo llano, a lo directo y eficaz, sin ánimo de asombrar con primores. Escribió como era y esa sinceridad, sin máscara y sin adorno, nos la hace familiar y próxima”.

Ese mismo año, la editorial Prensa Española decide traducir al español la colección italiana de veinte volúmenes GIGANTES DE LA LITERATURA UNIVERSAL, donde sólo figuraba Cervantes. Se le encargó a López Rubio dirigir la versión española de la misma colección cambiando cinco de ellos por autores españoles. El eligió a Santa Teresa, Lope de Vega, Quevedo, Zorrilla y Galdós. Nuestro autor se dedicó de lleno a ello y se esmeró en escribir y seleccionar textos antológicos, bibliografía, filmografía, iconografía, etc. de cada uno de ellos.

En 1980, y a petición de las monjas carmelitas descalzas de Ciudad-Rodrigo, López Rubio les escribe un “paso” navideño, titulado *La huelga de las pastoras*, para ser representado por ellas mismas¹⁰. Se trata de un breve texto teatral en verso, en el cual unas pastoras deciden crear un sindicato de protesta porque en los “belenes” sólo se incluyen a pastores-hombres, cuando ellas tienen el mismo derecho. Deliciosa obrita muy en la línea de aquellos célebres “autos” navideños de Juan del Encina y Lucas Fernández y que en nada desdice del resto de las comedias de López Rubio.

Uno de los personajes, en cierto modo emparentado con el Carmelo, fue Doña Catalina de Cardona (1519-1577), la extraña “buena mujer”, cuya fama se hizo célebre en el reinado de Felipe II. De origen noble y bastardo, acabó siendo ermitaña aunque vestida de fraile carmelita y fundando un convento. Un personaje insólito a quien Santa Teresa, según ella misma dice, no llegó a conocer personalmente. Sobre ella, también publicó López Rubio un amplio artículo, con la ayuda de la biblioteca del Desierto salmantino y del Escorial.

¹⁰ Esta obra se publicó por vez primera como felicitación navideña del Colegio Mayor Elías Ahuja, en 1994, como un acto más para celebrar los veinticinco años de la fundación del centro. El folleto incluye una fotografía de López Rubio con el grupo de universitarios del Colegio Mayor, tras la representación de su comedia *La otra orilla*. Fue la última vez en la que el escritor asistió a una función de teatro, antes de su muerte.

Le asombraba y le acercaba al personaje aquella vida de mortificación extrema de la ermitaña¹¹.

Todo el esmero lo pondrá en su libro más “carmelitano”: *Entrevista con la Madre Teresa de Jesús*, antes mencionado. No es una antología ni una biografía de la santa. Es una entrevista en el más puro estilo periodístico, tomando la palabra de Santa Teresa de sus más de seiscientas cartas (“que era el complemento de su habla y la parte más íntima y viva de su obra”, cf. pág. 133) y sus prólogos, escritos donde ella aparece más natural, espontánea, garbosa. Se trata de una taracea muy hábil en las preguntas, las respuestas, las alusiones, los silencios, los giros, confeccionada por un dramaturgo conocido y valorado, precisamente, por los excelentes diálogos de sus comedias, que se enfrenta a un personaje por el que siente devoción y admiración. En una palabra, un diálogo entre “ingenios”. El entrevistador, conocido por sus comedias de sutil humor (al que Azorín calificó como “delicado ironista” en la dedicatoria de un libro), juega al ajedrez verbal con una mujer y escritora experimentada. Por eso, cuando él la lleva al terreno de la aspereza del hábito de jerga, ella le invita a probarlo. Y cuando al periodista le sorprenda que barrer produce contento, la anciana priora le sugiere que pruebe a hacerlo. Es, a la luz de los documentos que aportamos, el encuentro entre el “discípulo” y la “maestra”.

Resulta muy difícil concluir nada en el itinerario espiritual-carmelitano de López Rubio por tratarse de un asunto íntimo que sólo revelaría a muy contados sacerdotes, seguramente en conversaciones privadas dentro y fuera del secreto de confesión. Por ello, sólo cabe establecer un juego de coordenadas para comprender medianamente el inicio y final de su escondida senda.

En la década de los sesenta, López Rubio sólo estrena tres comedias. Su creación dramática va disminuyendo, sea por falta de creatividad, sea porque en el teatro español vienen estableciéndose autores con temática más social: Buero Vallejo, Lauro Olmo, Alfonso Sastre, Martín Recuerda, y muchos más. El mismo me reconocía que “otra” generación estaba tomando la antorcha. También disminuye el número de sus traducciones de obras extranjeras. Menos estrenos, menos ingresos.

Su soledad física y familiar, en gran parte elegida, que le llevó a permanecer soltero. Muchos amigos, muchos contactos, pero al final, se hallaba solo frente a sí mismo. Una vida llena de compromisos, reuniones, viajes... para descubrir que, a la hora de la verdad, se encuentra como los versos de Lope de Vega:

¹¹ “*La buena mujer*. Peregrina historia de doña Catalina de Cardona”, *Historia y Vida*, n.º 89, agosto de 1975.

“A mis soledades voy/ de mis soledades vengo...”. Una vida rodeada de comodidades y caprichos, para resumir con más de sesenta años que la felicidad se puede encontrar viviendo austeramente y en comunidad religiosa (tanto de monjas como de frailes). En algo pudieron contribuir también sus ratos compartidos con los agustinos (ceremonias religiosas, tertulias...), pues era invitado a las tomas de hábito, emisión de votos y primeras misas. Siempre le intrigaron mucho los vericuetos de la vocación religiosa y sacerdotal de aquellos jóvenes que él trataba.

Sus lecturas muy frecuentadas son Lope de Vega y Miguel de Unamuno, ambos atormentados por la búsqueda de Dios, encontrándose indigno de sus votos sacerdotales (Lope) o de ese “Dios que no existe”, que tanto angustiaba al segundo.

Al poco tiempo de comenzar sus viajes a Batuecas, el escritor se ve empujado progresivamente a nuevos cargos y encargos literarios: es elegido Presidente del Consejo Internacional de Autores Dramáticos (1970), lo que le obligará a viajes de congresos o estrenos de obras suyas en Estados Unidos, Consejero Delegado General de la SGAE, artículos en prensa periódica, le solicitan para coordinar libros, doblajes de películas al español, y tiene que cambiarse de domicilio con el trastorno de mover libros, ropas, muebles, etc. Abandona la habitación que ocupaba en el Hotel Victoria del Escorial para limitar gastos. Durante esos años intenta situar (por venta o por cesión temporal) su inmensa colección de obras teatrales adquiridas desde la juventud y cientos de miles de fichas sobre la historia del teatro español. Hace ofertas al Instituto del Teatro de Barcelona, a la SGAE, a la Fundación Juan March, al Ministerio... dedicando muchos días a ese proyecto. Su ingreso en la Real Academia Española (1983) redoblará sus compromisos. La agitada vida que, para un hombre de su edad, lleva en Madrid, viéndose obligado a reuniones, almuerzos, cenas, homenajes, conferencias, estrenos... le hacía añorar, no sin razón, el remanso del cenobio salmanticense. Sus viajes al Desierto se espacian a causa de esos vaivenes y sus propios achaques de la edad, que van en aumento: la artritis reumatoide que le impide las genuflexiones en los oficios religiosos, así como un par de isquemias cerebrales, que acabaron en ingresos hospitalarios. Cada vez conduce menos y terminará por vender el coche. Demasiado tarde para acudir al cenobio con la frecuencia deseable y expresada en sus cartas.

Yo fui depositario de sus confidencias “carmelitanas” y puedo afirmar que nunca me confesó querer abandonar definitivamente la vida en Madrid para convertirse en un ermitaño. Volvía renovado de sus días allí, pero dudo que hasta el punto de querer instalarse para siempre en aquella Comunidad. ¿Practicaba oraciones y disciplinas, calzaba sandalias, como alude en alguna

de sus cartas al prior? No me consta. Es posible, porque así lo manifiesta en las cartas. ¿Frecuentaba los sacramentos, la Eucaristía dominical viviendo tan cerca de los carmelitas de la Plaza de España? No lo creo. Me lo hubiera comentado.

Mantuvo bastante lucidez, a ratos nublada por falta de riego cerebral, hasta el último momento de su vida. Un mes antes de fallecer, el periodista Domi del Postigo lo entrevistó para *El País Semanal*. Respondió a todo con perfecta lucidez. La última pregunta fue: “Don José, ¿usted cree en Dios?”. Serenamente contestó: “No”. Yo, que estaba presente, me quedé estupefacto.

Si las cartas son el elemento de las confidencias más sinceras de un personaje, como el autor solía afirmar con frecuencia al preparar sus “entrevistas imaginarias” a Santa Teresa, Felipe II, Lope de Vega, Pérez Galdós (pues la que preparaba a Góngora quedó en proyecto), las del propio López Rubio al monasterio de Batuecas, también lo retratan a él. Al menos, para mostrar la porfía de un hombre que anduvo “siempre buscando a Dios entre la niebla” (Antonio Machado). Hasta el momento de su muerte ignoró que Dios lo aceptaba, lo perdonaba y lo quería tal como él era.